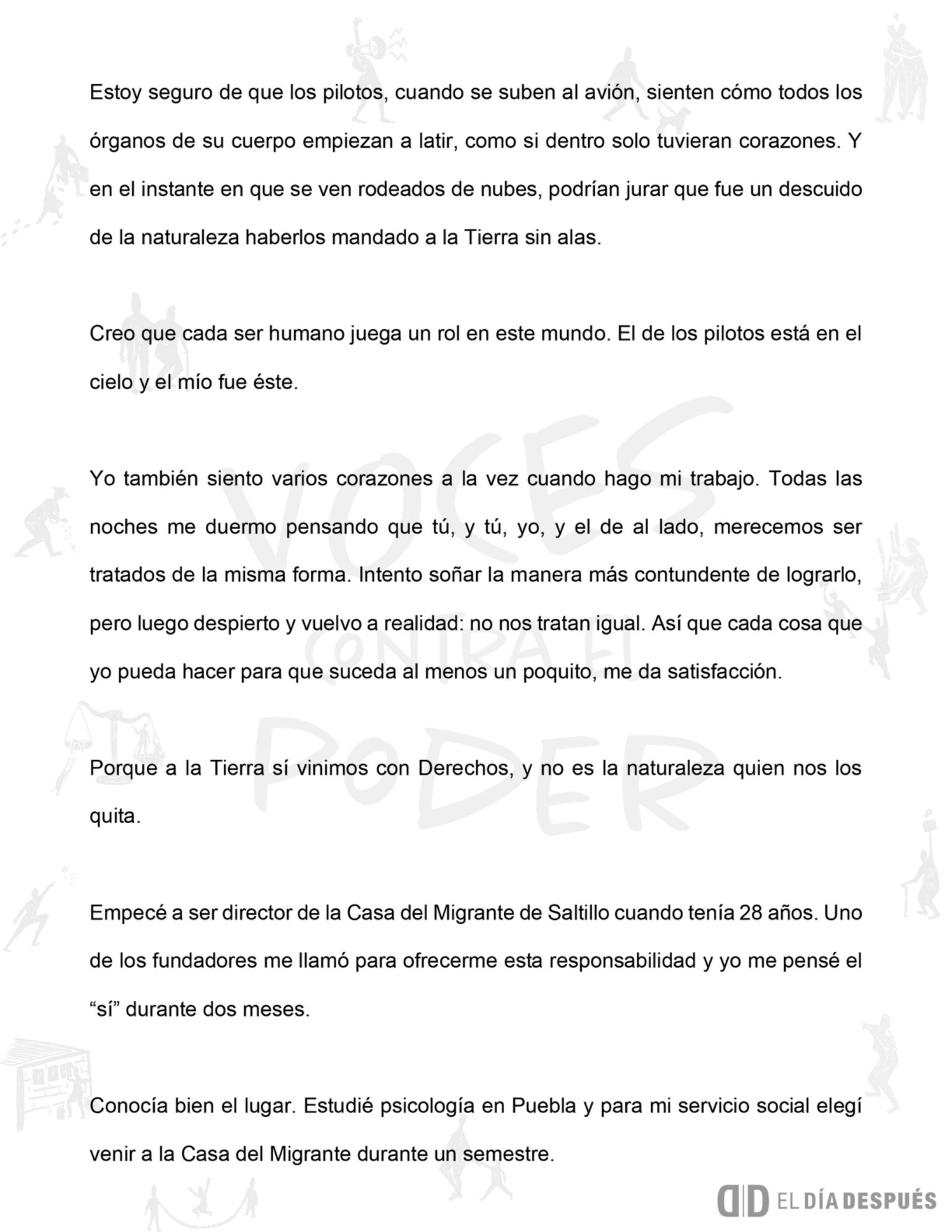




A DEFENDER SE APRENDE

Escrito por Jimena Eme Vázquez

Monólogo basado en la historia de vida de
Alberto Xicoténcatl



Estoy seguro de que los pilotos, cuando se suben al avión, sienten cómo todos los órganos de su cuerpo empiezan a latir, como si dentro solo tuvieran corazones. Y en el instante en que se ven rodeados de nubes, podrían jurar que fue un descuido de la naturaleza haberlos mandado a la Tierra sin alas.

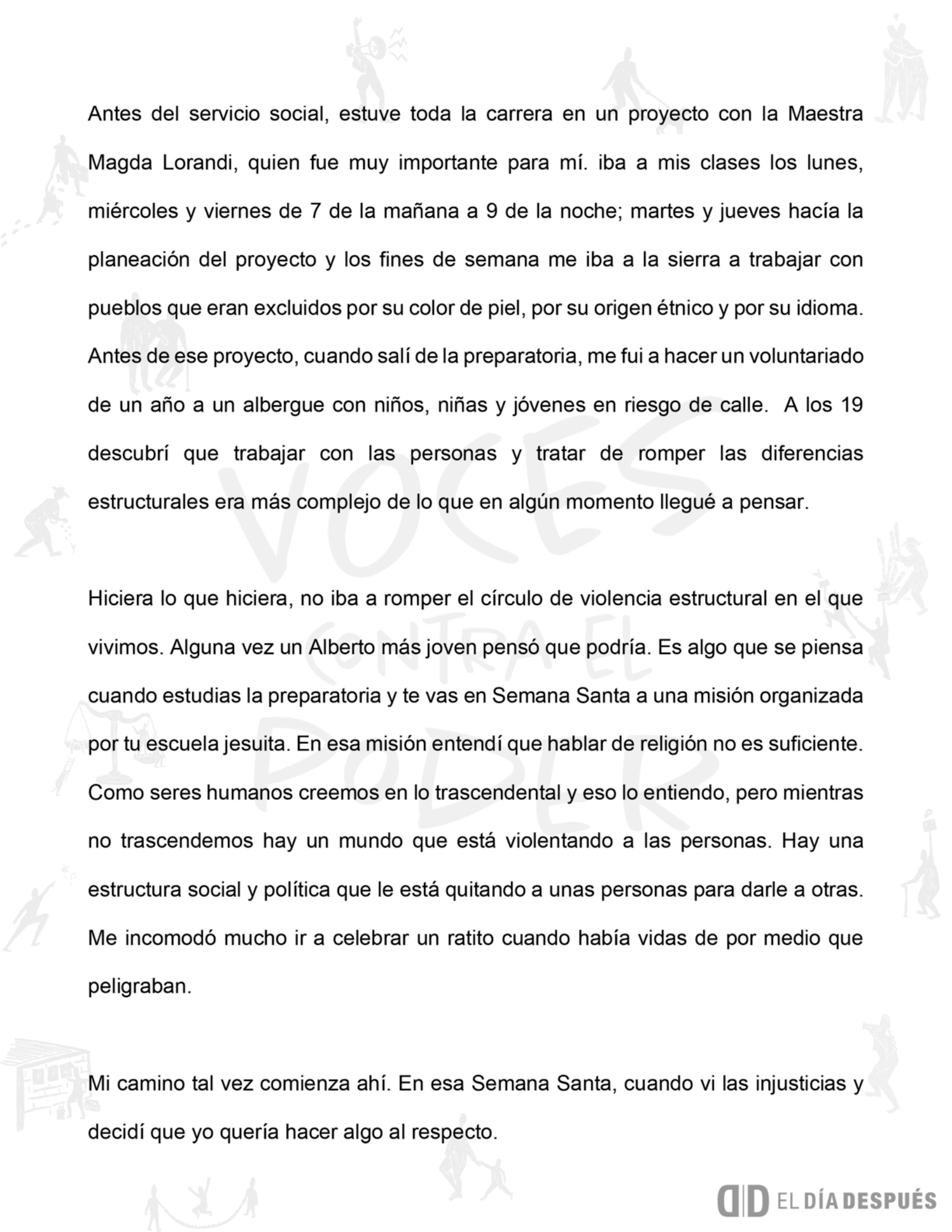
Creo que cada ser humano juega un rol en este mundo. El de los pilotos está en el cielo y el mío fue éste.

Yo también siento varios corazones a la vez cuando hago mi trabajo. Todas las noches me duermo pensando que tú, y tú, yo, y el de al lado, merecemos ser tratados de la misma forma. Intento soñar la manera más contundente de lograrlo, pero luego despierto y vuelvo a realidad: no nos tratan igual. Así que cada cosa que yo pueda hacer para que suceda al menos un poquito, me da satisfacción.

Porque a la Tierra sí vinimos con Derechos, y no es la naturaleza quien nos los quita.

Empecé a ser director de la Casa del Migrante de Saltillo cuando tenía 28 años. Uno de los fundadores me llamó para ofrecermé esta responsabilidad y yo me pensé el “sí” durante dos meses.

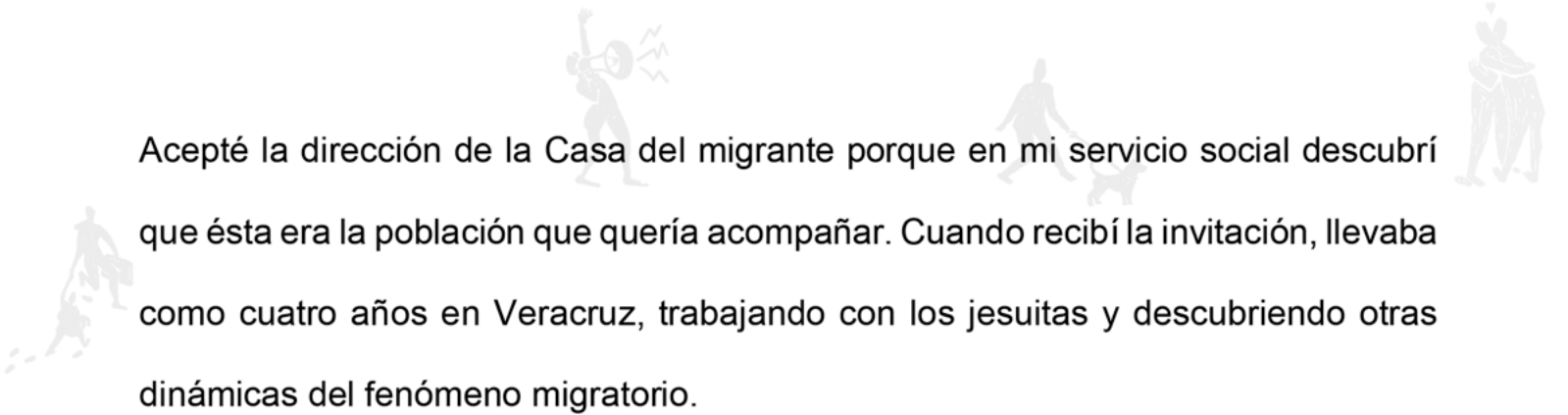
Conocía bien el lugar. Estudié psicología en Puebla y para mi servicio social elegí venir a la Casa del Migrante durante un semestre.



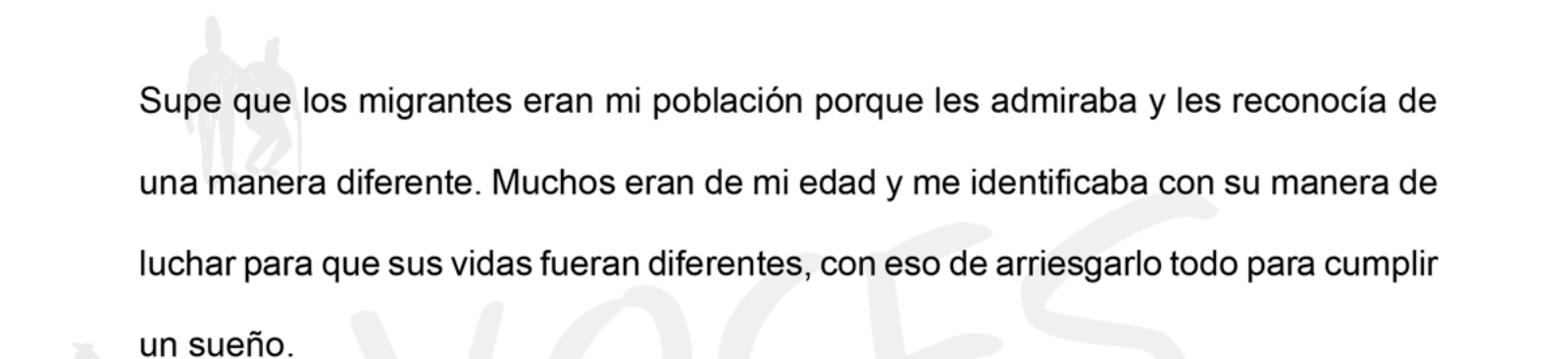
Antes del servicio social, estuve toda la carrera en un proyecto con la Maestra Magda Lorandi, quien fue muy importante para mí. Iba a mis clases los lunes, miércoles y viernes de 7 de la mañana a 9 de la noche; martes y jueves hacía la planeación del proyecto y los fines de semana me iba a la sierra a trabajar con pueblos que eran excluidos por su color de piel, por su origen étnico y por su idioma. Antes de ese proyecto, cuando salí de la preparatoria, me fui a hacer un voluntariado de un año a un albergue con niños, niñas y jóvenes en riesgo de calle. A los 19 descubrí que trabajar con las personas y tratar de romper las diferencias estructurales era más complejo de lo que en algún momento llegué a pensar.

Hiciera lo que hiciera, no iba a romper el círculo de violencia estructural en el que vivimos. Alguna vez un Alberto más joven pensó que podría. Es algo que se piensa cuando estudias la preparatoria y te vas en Semana Santa a una misión organizada por tu escuela jesuita. En esa misión entendí que hablar de religión no es suficiente. Como seres humanos creemos en lo trascendental y eso lo entiendo, pero mientras no trascendemos hay un mundo que está violentando a las personas. Hay una estructura social y política que le está quitando a unas personas para darle a otras. Me incomodó mucho ir a celebrar un ratito cuando había vidas de por medio que peligraban.

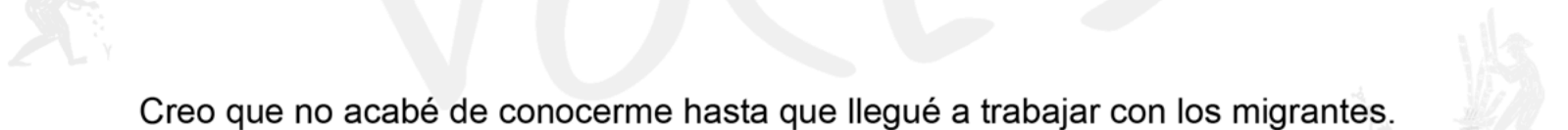
Mi camino tal vez comienza ahí. En esa Semana Santa, cuando vi las injusticias y decidí que yo quería hacer algo al respecto.



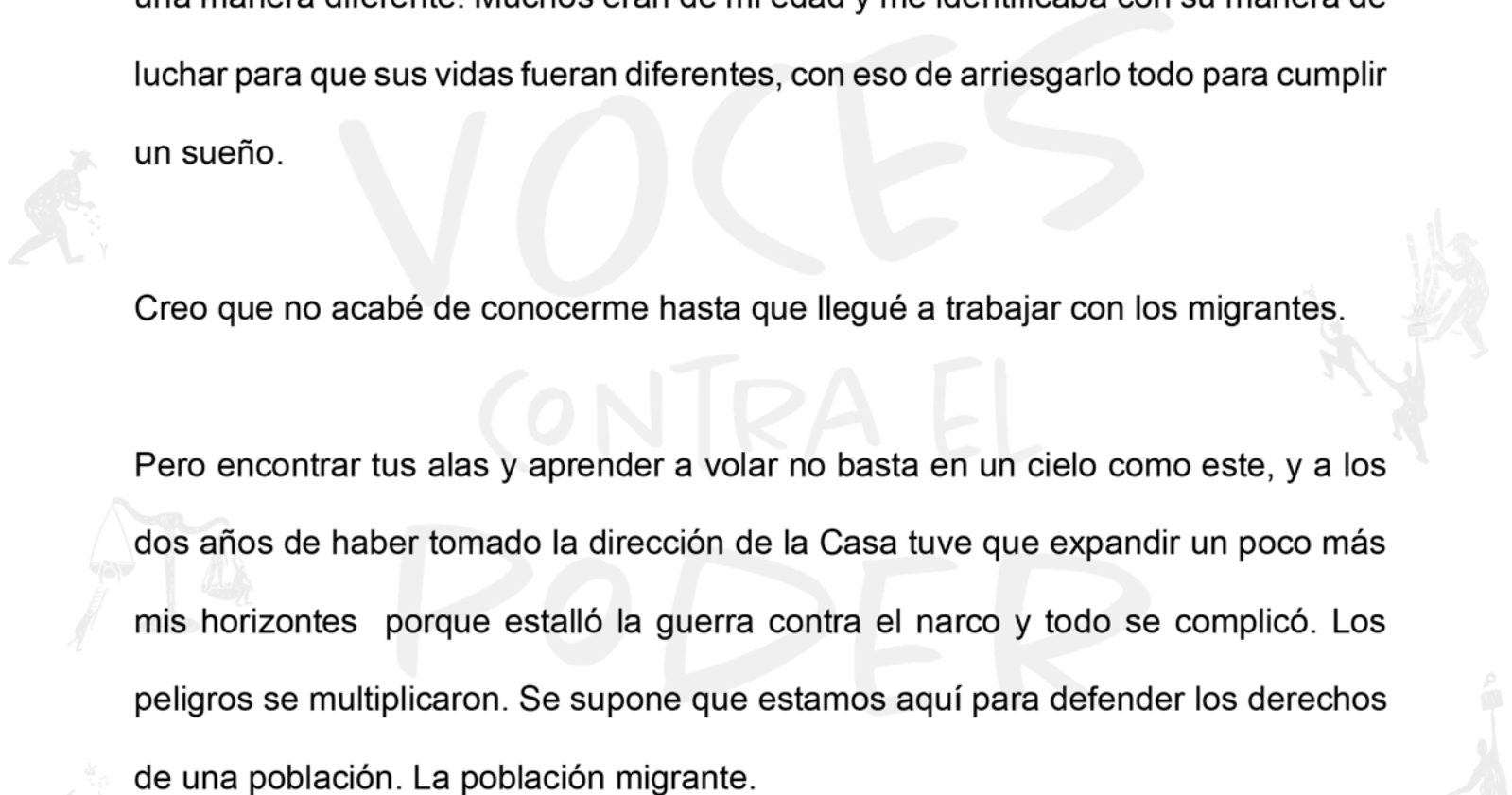
Acepté la dirección de la Casa del migrante porque en mi servicio social descubrí que ésta era la población que quería acompañar. Cuando recibí la invitación, llevaba como cuatro años en Veracruz, trabajando con los jesuitas y descubriendo otras dinámicas del fenómeno migratorio.



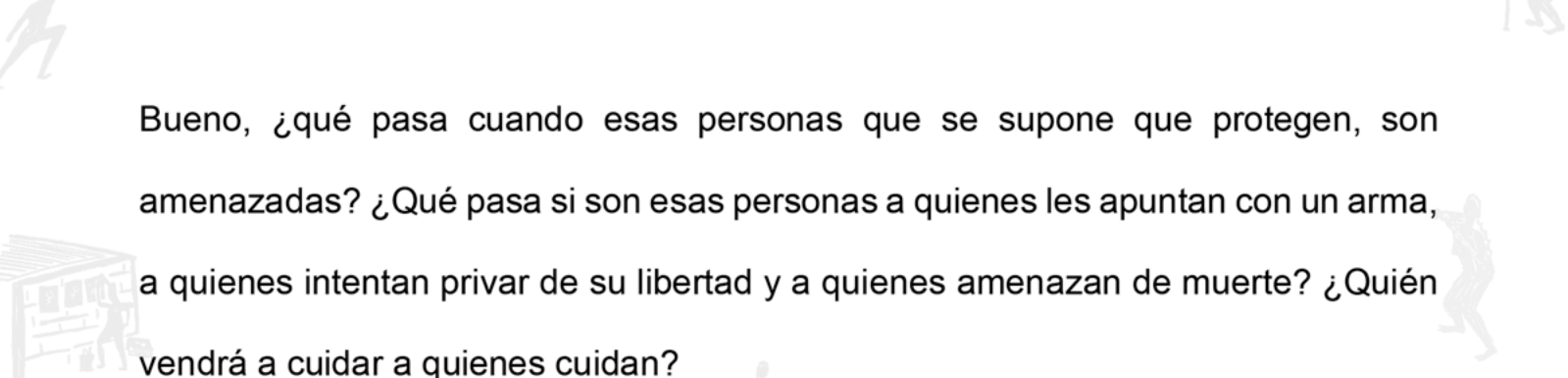
Supe que los migrantes eran mi población porque les admiraba y les reconocía de una manera diferente. Muchos eran de mi edad y me identificaba con su manera de luchar para que sus vidas fueran diferentes, con eso de arriesgarlo todo para cumplir un sueño.



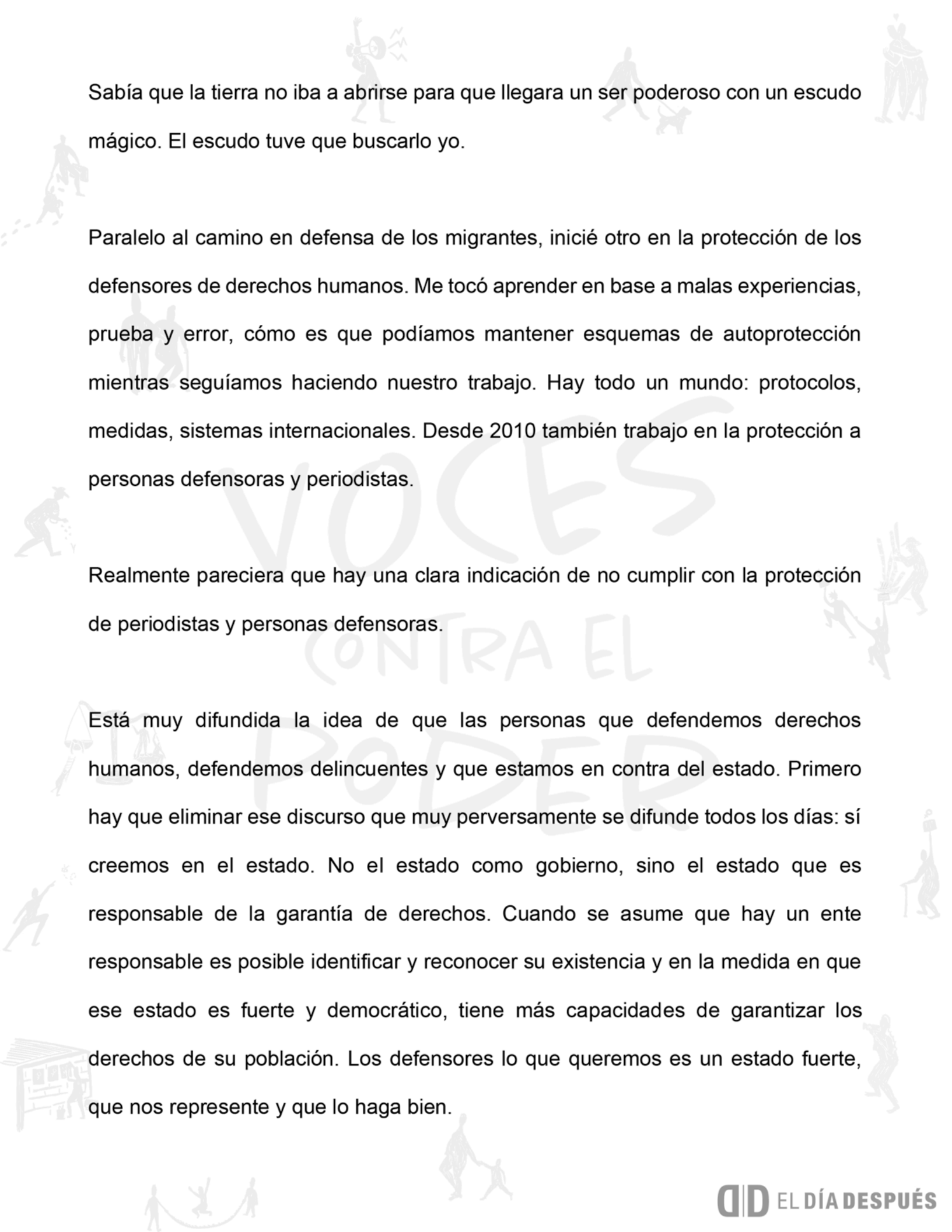
Creo que no acabé de conocerme hasta que llegué a trabajar con los migrantes.



Pero encontrar tus alas y aprender a volar no basta en un cielo como este, y a los dos años de haber tomado la dirección de la Casa tuve que expandir un poco más mis horizontes porque estalló la guerra contra el narco y todo se complicó. Los peligros se multiplicaron. Se supone que estamos aquí para defender los derechos de una población. La población migrante.



Bueno, ¿qué pasa cuando esas personas que se supone que protegen, son amenazadas? ¿Qué pasa si son esas personas a quienes les apuntan con un arma, a quienes intentan privar de su libertad y a quienes amenazan de muerte? ¿Quién vendrá a cuidar a quienes cuidan?



Sabía que la tierra no iba a abrirse para que llegara un ser poderoso con un escudo mágico. El escudo tuve que buscarlo yo.

Paralelo al camino en defensa de los migrantes, inicié otro en la protección de los defensores de derechos humanos. Me tocó aprender en base a malas experiencias, prueba y error, cómo es que podíamos mantener esquemas de autoprotección mientras seguíamos haciendo nuestro trabajo. Hay todo un mundo: protocolos, medidas, sistemas internacionales. Desde 2010 también trabajo en la protección a personas defensoras y periodistas.

Realmente pareciera que hay una clara indicación de no cumplir con la protección de periodistas y personas defensoras.

Está muy difundida la idea de que las personas que defendemos derechos humanos, defendemos delincuentes y que estamos en contra del estado. Primero hay que eliminar ese discurso que muy perversamente se difunde todos los días: sí creemos en el estado. No el estado como gobierno, sino el estado que es responsable de la garantía de derechos. Cuando se asume que hay un ente responsable es posible identificar y reconocer su existencia y en la medida en que ese estado es fuerte y democrático, tiene más capacidades de garantizar los derechos de su población. Los defensores lo que queremos es un estado fuerte, que nos represente y que lo haga bien.

